



# FOBIAS A LOS ANIMALES

SONIA GOJMAN

*Si el porvenir es el padre de la angustia el pasado es su nodriza*  
Bovet<sup>18</sup>

*Los niños no expresan mucho más que los animales, porque  
aceptan lo que les sucede como algo preestablecido por el destino.*

Rudyard Kipling<sup>19</sup>  
Respondiendo a por qué nunca comentó con nadie  
cómo lo maltrataban de niño.

El vocablo “fobia”, de uso tan generalizado, se utiliza para designar experiencias repulsivas o aversivas intensas, con enorme frecuencia, por psicólogos y psiquiatras al referirse a los fenómenos caracterizados por la ansiedad y el temor, omnipresentes en el ejercicio clínico cotidiano; los estudios al respecto y la reflexión implícita son escasos. Nos atrevemos a aventurar que no son sólo “los psicólogos y psiquiatras franceses” los que “le tienen miedo a las fobias”, como lo apuntan Cottraux y Mollard<sup>20</sup> en su ensayo sobre las mismas.

<sup>18</sup> En Bowlby. *La Separación Afectiva*. Argentina, Paidós, 1976.

<sup>19</sup> Rudyard Kipling. “Something of my self”, en: Bowlby *La separación Afectiva*. Argentina: Paidós, 1976.

<sup>20</sup> J. Cottraux y E. Mollard. *Las fobias. Nuevas perspectivas*. México, FCE, 1989.



Fobia, de acuerdo con el diccionario,<sup>21</sup> significa “aversión apasionada contra algo”, extrayéndose de conceptos compuestos como hidrofobia, claustrofobia, etcétera..., formados en griego en combinación con phobémai “yo temo”. Se entiende como sinónimo de temor. Phobos = miedo (equiparable a meticuloso, escrupuloso, paralizado).

“Las fobias –nos dicen Cottraux y Mollard<sup>22</sup> en su afán de señalar las conductas involucradas en lo descrito– son miedos irracionales, estables, sin fundamento real, que llevan al sujeto a evitar situaciones precisas a las que teme. Constituye una de las formas en que la ansiedad humana puede anticipar peligros imaginarios y que debe distinguirse del miedo a un peligro real, de la angustia generalizada (o neurosis de la ansiedad) –que funciona sin control, en previsión de peligros indeterminados y futuros. También de la angustia metafísica o existencial, que es parte integral de la condición humana y su ser ‘normal’.”

En ellas –agregamos nosotros– parecería condensarse y potencializarse lo que desata un temor superlativo, una experiencia totalmente fuera de control, una que impide cualquier posibilidad del ejercicio racional, de lo común, lo natural, vital, co-

<sup>21</sup> *Nuevo pequeño Larousse ilustrado, Diccionario enciclopédico.* Librería Larousse, 1962.

<sup>22</sup> Cottraux y Mollard, *op. cit.*



## Fobias a los animales

nocido u hogareño. Aun cuando el pánico desatado carezca, como suele carecer, de todo fundamento razonable, y por más que ello pueda y sea percibido y reconocido como absurdo por el sujeto que las padece, darse cuenta de ello no le ayuda más que para agregar a la experiencia emocional disruptiva, la vergüenza, la convicción de que no se puede comprender, ni existe forma alguna de expresar, de transmitir a los demás lo que efectivamente vive.

Las fobias vistas desde el consultorio psicoanalítico implican un compromiso, una tensión no resuelta entre impulsos propios (no aceptables dentro de la vida social –sean sexuales o agresivos, o de cólera frente a la frustración afectiva) y la necesidad de ser aceptado, acogido o sustentado en la relación afectiva con los demás. Reflejan así, casi invariablemente, una ambivalencia extrema entre la necesidad de contacto y el rencor, la hostilidad por sentir que no pueden autoafirmarse o satisfacer sus propios requerimientos más indispensables o emitir –aunque sea balbucear– sus puntos de vista más originales, sin sacrificar el contacto tan profundo como urgentemente requerido y no satisfecho de modo natural. Efectivamente, las manifestaciones clínicas a las que hemos tenido acceso en la consulta psicoanalítica ponen de manifiesto, todas ellas,<sup>7</sup> lo antinatural que resultó en sus historias la integración de sus capacidades personales –no rara vez considerables– al ámbito familiar y social.



Animal viene del latín, de anima, principio de la vida. Ser orgánico que vive, siente y se muere por propio impulso. Se refiere a animal irracional por oposición al Hombre. Sinónimo de bestia, bruto, bicho.

La relación del hombre con los animales ocupa un lugar preponderante, es piedra angular para definir su propia identidad como especie e incluso, históricamente ofreciendo los primeros vestigios acerca de su existencia como tal. Los hombres dibujan a los animales desde la era glacial, y los descubrimientos del arte rupestre en las cuevas de Francia y España dieron pistas acerca de toda una civilización de la que no se tenía antes noticia alguna. El encuentro con las pinturas rupestres en salas amplias después de recorrer pasajes angostos y oscuros, al decir de los expertos, infunde y seguramente infundía desde siempre respeto, admiración, una experiencia de recogimiento que parece sugerir su liga con ceremonias religiosas cargados de misticismo y recogimiento espiritual. Algunos de esos dibujos dan la impresión de haber servido de blanco en prácticas mágicas con las que, se conjetura, buscaban propiciar y asegurar la caza de los representados. En otros se traducen ritos propiciatorios de la fertilidad. Todos parecen lograr “la imagen de la esencia viviente del animal”. Son de lo más común los hombres cubiertos con pieles o conformados con algunas de sus características; en una de las cuevas más antiguas en Francia “el señor de los animales” toca su flauta con



la clara intención de hechizar a todos los congregados a su alrededor.

Los ritos de iniciación se realizan generalmente con la presencia de hombres que no sólo se visten de animales, sino que representan y se imbuyen de manera efectiva en el espíritu del animal mismo y su fuerza demoníaca. Las máscaras de animales, sustituidas después por el vestuario completo, impresionan por su fuerza expresiva; suelen venerarse tanto como a los dioses y demonios mismos. La expresión humana individual se sumerge detrás de las máscaras, permitiendo que surjan la dignidad, la belleza, las expresiones terroríficas del “demonio animal”. La danza, al decir de algunos (Kühn<sup>23</sup>), parece haber tenido su origen en la repetición de los movimientos animales; las huellas de los bisontes, presentes en los alrededores de los dibujos, sugiriendo ritos en busca de su reproducción o exterminio. Los tótems protegen y representan a sus antecesores más sagrados y más inmediatos.

¿Los animales representan la naturaleza primitiva o instintiva del hombre, de la que tiene que apercibirse y de la que surge su fuerza vital, originaria a la que como un demonio desconocido a la vez teme y tiene que propiciar e integrar?

Todo lo que en su ser lo lleva a vivir y a buscar su desarrollo, dice Fromm,<sup>24</sup> está como en las demás

<sup>23</sup> H. Kühn. “Die Feldsbilder Europa, Stuttgart”, (1952), en: Jung. *Man and His Symbols*. Aldus Books Limited London, 1964.

<sup>24</sup> Fromm. *Anatomía de la destructividad humana*. México, Siglo XXI, 1970.



especies animales, al servicio de la vida. Necesidades matizadas por su naturaleza específica que si no se satisfacen, si se les pretende suprimir, lo llevan finalmente, tarde o temprano, a buscar su destrucción, a que surja en su lugar la necrofilia, el amor a lo que no tiene vida, a lo mecánico, al control. Es la falta de espontaneidad, de la esperanza que eleva, lo que los lleva a propiciar y abrir alternativas para la vida, para el amor y el desarrollo productivo en general.

Desde la antigüedad filósofos y literatos hacen referencia a las fobias,<sup>25</sup> pues se considera que algunos de ellos las padecían. No se puede, definitivamente, dejar fuera a los científicos: Pascal, por ejemplo, temía “al silencio eterno de los espacios infinitos”, sintiendo constantemente un abismo a su lado izquierdo; Kierkegaard –gran estudioso de la angustia– la dibuja también con maestría y traduce su búsqueda desesperada frente a las crisis severas de ansiedad y depresión.

Un caso citado por Moss<sup>26</sup> de una mujer de 45 años con fobia a los perros, nos resulta ilustrativo. La paciente llegó a recordar durante la psicoterapia, el hecho que la desencadenó originalmente en su historia remota y del que no parece haber estado consciente: cuando estaba sola con su hermanita de meses el perro de la casa tiró a la pequeña, quien se clavó una astilla en el cachete; la herida se infectó ocasionando

<sup>25</sup> J. Cottraux y Mollard, *op. cit.*

<sup>26</sup> Ver Moss. Brief Successful Psychotherapy of Chronic Phobic Reaction. Soc. Psychology 60, 1960.



## Fobias a los animales

a los pocos días su muerte. La paciente fue, entonces, acusada por su madre de haber tirado a la niña, culpándola abiertamente por la muerte de su hermanita. Los recuerdos de episodios de su infancia alrededor de esta experiencia, aclararon y confirmaron a la paciente por qué temía tanto a los perros, cómo este temor reflejaba y condensaba sensaciones diversas que a su vez explicaban el que siempre se había sentido incomprendida por su madre, y por qué había experimentado sentimientos crónicos de culpa y deseos compulsivos de resultar agradable; lo esencial de su relación con ella –y después con los demás– que se había caracterizado invariablemente por la ambivalencia.

Efectivamente, lo más común es que las fobias se presenten asociadas a estados depresivos recurrentes, a diversos síntomas psicósomáticos –de los que resultan ser tan sólo un aspecto (generalmente mínimo)– conjuntando una amplia serie de perturbaciones emocionales de distintos tipos. Menos frecuentes son los casos de fobias que muestran intenso temor hacia determinado objeto o animal y que no comparten, en lo general, características patológicas de la personalidad. Estas segundas son las que resultan en cambio bastante frecuentes entre los niños y las que suelen aparecer antes de los siete años, a diferencia de las primeras, que tienden a presentarse –cuando se dan en la infancia– después de los 10 años. Son las fobias específicas o no generalizadas, las que se



refieren a los animales y las que generalmente van disminuyendo de modo espontáneo antes o durante la adolescencia, hasta alcanzar proporciones moderadas o desdeñables, según Mark.<sup>27</sup> Se dan con tal frecuencia que no se las puede considerar propiamente patológicas, sino más bien como una expresión peculiar del desarrollo de la vida emocional. Así, se ven como signos de una evolución normal el miedo original que suscitan en los niños muy pequeños el ruido y los acercamientos abruptos. El temor a las alturas y un poco después la oscuridad, los animales y las personas desconocidas, más en la medida en que se acerquen demasiado, irrumpiendo en la relación estable afectiva con quien se vincula el pequeño, asegurando su desenvolvimiento emocional y seguridad, como claramente lo muestran estudios diversos sobre el apego.<sup>28</sup>

El caso del pequeño Hans que padecía de fobia a los caballos, ha sido un clásico de la literatura psicoanalítica. En él, Freud demostraba varios de sus postulados acerca de la atracción edípica por la madre y el consecuente miedo a la castración paterna. En su revisión crítica Fromm<sup>29</sup> propone –como factor más determinante de los temores del niño– a la rela-

<sup>27</sup> En Bowlby (1969), *op. cit.*, p. 283.

<sup>28</sup> Ver Sroufe, Cooper y Dehart. *Child Development, Its Nature and Course*. Mc Graw Hill, 1992.

<sup>29</sup> Ver el capítulo correspondiente en: E. Fromm. *La Crisis del psicoanálisis*. Argentina, Paidós, 1970.





## Fobias a los animales

ción afectiva con la madre, quien los provoca efectivamente con sus reales amenazas de hacerle daño. Bowlby<sup>30</sup> muestra por su parte, al mirarlo a la luz de su teoría, que se trata de un ejemplo típico de apego ansioso con una madre que no le ofrece seguridad al niño, y además le profiere amenazas de abandono –las que al final de la historia resultan curiosamente confirmadas–, en tanto que los padres terminaron por separarse y dividirse a los hijos por sexo. En los diálogos del niño Hans con su padre, las formas de enunciar sus temores, y en la asociación de los caballos con la escena de partida de unos vecinos en la que el padre le advertía al niño que no se acercara al caballo de la carroza porque podría morderlo, se hacen manifiestas las explicaciones alternativas propuestas por Fromm y Bowlby, ambas muy coherentes con los planteamientos de la teoría del apego, de la relevancia que las cuestiones emocionales tienen en los vínculos con las figuras de apego que ofrecen seguridad.

También se confirman como explicación plausible en casos de fobias tratadas y analizadas, incluso por planteamientos completamente diferentes como son los condicionamientos de Watson,<sup>31</sup> donde se citan datos que pueden ser muy claramente interpre-

<sup>30</sup> Bowlby, 1976, *op. cit.*

<sup>31</sup> Watson and Rayner R. "Conditioned Emotional Reactions", en: *Experimental Psychology* 3, 1920.



tados en la misma dirección: la presencia de figuras de apego aminora el temor y la efectividad de las amenazas a las que se ve sujeto el niño.

Si bien existen diferentes aproximaciones, teorías y explicaciones respecto a las fobias en general, hasta encontrarse incluso explicaciones que las ligen muy directamente con fenómenos biológicos específicos, en los casos de niños lo común es que se refieran como el centro del conflicto a las relaciones dentro del hogar y no fuera. El apego y la necesidad de contacto no son patológicos ni están de ningún modo circunscritos a los periodos infantiles. Siempre que aparece un peligro real las respuestas factibles son paralizarse, huir o acercarse a quienes procuran protección. Lo más común es que la tercera se dé aun en los casos en los que estas mismas figuras protectoras de apego ejerzan niveles importantes de violencia en la cotidianidad. La presencia de figuras de apego disminuye la intensidad del temor y es característico que quienes padecen de fobias, “puedan llegar a superarlas con la ayuda de una persona, un animal o un objeto” (a los que se llama contrafóbicos y que suelen utilizar para la desensibilización paulatina en los tratamientos conductistas de Watson) cargadas con cierta seguridad.

Frente a las fobias, como en cualquier otra situación potencialmente alarmante (como lo han observado y demostrado los teóricos del apego), el temor que se experimenta depende, en gran medida, de los



pronósticos que se pueden establecer acerca de la probable disponibilidad de las figuras de apego. Estos pronósticos a su vez derivan de la estructura de los modelos de las figuras de apego y del sí mismo con los que aquél opera. La seguridad o inseguridad que ofrecen parece estar íntimamente relacionada con la disposición y o sensibilidad que la figura de apego es capaz de ofrecer a la criatura y con ello facilitar su autonomía. El apego seguro temprano suele asociarse con factores protectores de problemas emocionales, en el sentido de que cuando se les presenta un problema son individuos que buscan apoyo y ayuda de los demás; suelen saber que éstos pueden responder y con ello, a su vez, propiciar o provocar. Estos mecanismos están relacionados con la propia capacidad para sobreponerse a la adversidad (recurriendo al medio ambiente y sus posibilidades de ofrecer apoyo y disminuir las consecuencias reales del estrés subsecuente). El apego inseguro o ansioso –que exige presencia física constante y urgente más allá del periodo de requerimiento normal entre los 6 y 7 meses y de los 3 a 5 años de edad– implica una situación de riesgo, no como determinante de problemas de conducta, pero sí señalando un desarrollo que tiene mayores posibilidades de presentar problemas y más en la medida en que se combina con índices importantes de estrés.

En algunos individuos las fobias a los animales surgen como consecuencia de experiencias terroríficas



durante las cuales fueron atacados por un animal de esa especie. En otros se puede explicar por la visión o el relato de dichos incidentes en circunstancias trágicas y a edades en las que las generalizaciones extremas y los malentendidos son comunes. En otros más se presentan frente a la interacción constante con uno de los progenitores que muestra temor ante el animal.

Se afirma, sin embargo, de modo general que en los casos en que las fobias son restringidas y no se observan acompañadas de otros trastornos emocionales, la principal fuente de ansiedad suele residir en el hogar y no fuera de él. Reconocer, entender y resolver el conflicto familiar que lo ha estado provocando acostumbra ser el tratamiento suficiente que supera por completo el temor, dejándolo en el olvido. De ahí que concluyamos que los temores a los animales, en los niños, son una forma de decirnos lo que no pueden articular con palabras, y que deben aguzar nuestros sentidos para examinar con detenimiento lo que les ocurre hasta comprender sus mensajes cargados de afectividad.